

A propósito de...

5 de Septiembre Santa Teresa de Calcuta



Santa Teresa de Calcuta, nació en 1910 en Skopje, Albania, con el nombre de Agnes Gonxha Bojaxhiu.

A los 18 años, Agnes ingresó en el noviciado de Loretto, donde enseñó en el instituto Santa María de Calcuta (India). Hizo los votos perpetuos como hermana de la orden del Loreto en 1937 y tomó el nombre de Teresa, por Santa Teresa de Lisieux.

En 1946, Teresa viajaba en tren de Calcuta a Darjeeling para su retiro anual. Experimentó un momento profundo al que más tarde se refirió como su «llamada dentro de una llamada», cuando Jesús le habló e inspiró la famosa oración «Tengo sed», conocida en todo el mundo.

Unos dos años más tarde, la Orden del Loreto permitió a Teresa salir del convento y comenzó a servir en los barrios bajos de Calcuta. En 1950, fundó la orden de las Misioneras de la Caridad con el propósito de «amar y cuidar a aquellas personas de las que nadie estaba preparado para ocuparse».

La Madre Teresa continuó sirviendo a los pobres durante el resto de su vida, recibiendo numerosos galardones, entre ellos la Medalla de la Libertad en 1985 y el Premio Nobel de la Paz en 1979. Al final de su vida, las Misioneras de la Caridad tenían más de 4.000 miembros.

El 19 de octubre de 2003, San Juan Pablo II beatificó a la Madre Teresa y 13 años después, el Papa Francisco la canonizó el 4 de septiembre de 2016.

SERVICIO DE PASTORAL. ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA

javier.sanchez@fundacionhospitalarias.org

jorgejuan.galan@fundacionhospitalarias.org

CIEMPOZUELOS (MADRID)



**Fundación
Hospitalarias**

Comunidad de Madrid

6 DE SEPTIEMBRE 2026

XXIII. DOMINGO DEL T. ORDINARIO

Año XVI. nº 1007

La
BUENA
NOTICIA
de la
SEMANA



Palabra de Dios:

EZEQUIEL 33, 7-9.

Si no hablas al malvado, te pediré cuenta de su sangre.

SALMO 94.

Ojalá escuchéis hoy su voz: «No endurezcáis vuestro corazón».

ROMANOS 13, 8-10.

Amar es cumplir la ley entera.

MATEO 18, 15-20.

Si te hace caso, has salvado a tu hermano.

UNA IGLESIA REUNIDA EN NOMBRE DE JESÚS

Cuando uno vive distanciado de la religión o se ha visto decepcionado por la actuación de los cristianos, es fácil que la Iglesia se le presente solo como una gran organización. Una especie de «multinacional» ocupada en defender y sacar adelante sus propios intereses. Estas personas, por lo general, solo conocen a la Iglesia desde fuera. Hablan del Vaticano, critican las intervenciones de la jerarquía, se irritan ante ciertas actuaciones del papa. La Iglesia es para ellas una institución anacrónica de la que viven lejos.

No es esta la experiencia de quienes se sienten miembros de una comunidad creyente. Para estos, el rostro concreto de la Iglesia es casi siempre su propia parroquia. Ese grupo de personas amigas que se reúnen cada domingo a celebrar la eucaristía. Ese lugar de encuentro donde celebran la fe y rezan todos juntos a Dios. Esa comunidad donde se bautiza a los hijos o se despiden a los seres queridos hasta el encuentro final en la otra vida.

Para quien vive en la Iglesia buscando en ella la comunidad de Jesús, la Iglesia es casi siempre fuente de alegría y motivo de sufrimiento. Por una parte, la Iglesia es estímulo y gozo; podemos experimentar dentro de ella el recuerdo de Jesús, escuchar su mensaje, rastrear su espíritu, alimentar nuestra fe en el Dios vivo. Por otra, la Iglesia hace sufrir, porque observamos en ella incoherencias y rutina; con frecuencia es demasiado grande la distancia entre lo que se predica y lo que se vive; falta vitalidad evangélica; en muchas cosas se ha ido perdiendo el estilo de Jesús.

Esta es la mayor tragedia de la Iglesia. Jesús ya no es amado ni venerado como en las primeras comunidades. No se conoce ni se comprende su originalidad. Bastantes no llegarán siquiera a sospechar la experiencia salvadora que vivieron los primeros que se encontraron con él. Hemos hecho una Iglesia donde no pocos cristianos se imaginan que, por el hecho de aceptar unas doctrinas y de cumplir unas prácticas religiosas, están siguiendo a Cristo como los primeros discípulos.

Y, sin embargo, en esto consiste el núcleo esencial de la Iglesia. En vivir la adhesión a Cristo en comunidad, reactualizando la experiencia de quienes encontraron en él la cercanía, el amor y el perdón de Dios. Por eso, tal vez, el texto eclesiológico más fundamental son estas palabras de Jesús que leemos en el evangelio: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos».

El primer quehacer de la Iglesia es aprender a «reunirse en el nombre de Jesús». Alimentar su recuerdo, vivir de su presencia, reactualizar su fe en Dios, abrir hoy nuevos caminos a su Espíritu. Cuando esto falta, todo corre el riesgo de quedar desvirtuado por nuestra mediocridad

José Antonio Pagola



*"Estoy disfrutando de tal salud
cual hace años no he disfrutado,
pudiendo seguir en todo a la
comunidad, lo cual es de gran
alegría y consuelo."*

San Benito Menni (c. 393)

Salmo de la corrección fraterna

Señor Jesús,
Tú que conoces mis fragilidades y me miras siempre con amor,
enséñame a mirar a mis hermanos con la misma ternura.
Cuando vea su error,
que no lo use para juzgar,
sino como oportunidad para acercarme
y ganar su corazón para Ti.
Pon en mis labios palabras que sanen
y en mis gestos un abrazo que reconcilie.
Guárdame del orgullo que humilla,
y de la indiferencia que mata el vínculo.
Enséñame que el silencio que calla la verdad por miedo
no es paz, sino cobardía,
y que la corrección fraterna,
cuando nace del amor, es medicina que salva.
Señor, que cada encuentro difícil
sea un lugar donde Tú estés presente,
porque donde dos se reúnen para buscar la paz,
allí se enciende la luz de Tu Reino.
Hazme artesano de unidad,
que no me canse de tender puentes,
y que mi victoria no sea ganar una discusión,
sino ganar un hermano para siempre.

Mirza Deras, r.a

